



El Lobo Feroz

Me lamí las feroces fauces y de un salto me planté delante de Caperucita. El bosque estaba silencioso y dormido, ideal para ligar. La niña estaba muy buena ese día: medias negras de red, ligas rojas, sostén calado y minifalda. No cogía flores, sino berenjenas. Buena señal, me dije.

—Buenos días —exclamó al verme— ¿Eres tú el lobo feroz?

—¡Claro que sí! —Me levanté sobre las patas traseras— ¿Acaso no se me nota? Mírame bien.

—Pues... no sé. Como nunca he visto ninguno.

—¡Jo, jo, jo! Pues míralo bien porque nunca verás otro igual.

—¿Quieres coger flores conmigo?

—¿Desde cuando se ha visto a un lobo ocupado en esas tonterías?

Luego me dijo que iba a casa de su abuelita a llevarle la comida. La pellizqué en las nalgas. Jo, jo. La invité a un gin-fizz y me la llevé a una discoteca. Bailamos agarrao todo el rato, hasta que empezaron a poner discos de ese pesado de Ismael y su dichoso carpintero. Entonces Caperucita recordó a su abuela y se fue corriendo. Tra-la-ra-la-ra.

Pero yo me anticipé. Encerré a la vieja en el armario y me puse su camión, acostándome en la cama. Mientras esperaba, me puse cachondísimo. Al llegar la chavala, me notó raro:

—¡Huy, abuelita, que voz tan rara tienes!

—Es que estoy muy acatarrá. Tengo fiebre, mi niña, mira, ponme la mano aquí.

La chavala se olía algo.

—Qué manos tan enormes tienes, abuela.

—Tontina, son para acariciarte mejor —le dije—. Ven, anda.

De pronto me miró fijo y, bajándose la minifalda, dijo:

—No disimules, te he reconocido en seguida. Tra-la-ra-la-ra. Déjame sitio y no hagas más el burro. —Se metió en la cama y añadió: —Quiero dormir, estoy muy cansada. Tra-la-ra-la-ra.

Desplegué inútilmente todas mis artes seductoras:

—Mira qué dientecitos tengo, son para

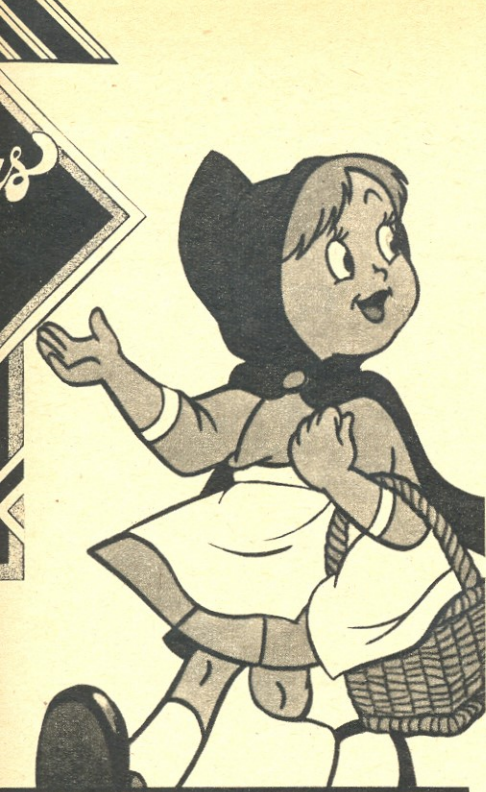
mordisquearte mejor... Mira qué boquita, mira qué lengüecita...

—Cállate, anticuado, que eres un anticuado. Y no me quites las medias que se me hacen carreras. ¡Marrano! ¡Guarro! ¡Todos los lobos sois igual! ¡Fuera de la cama! ¡Si quieres dormir a mi lado, estate quieto!

Me resigné. Al poco rato apareció la vieja, que había conseguido escapar de su encierro, y también se metió en la cama, al lado de Caperucita. Contentas y riéndose se abrazaron y se besaron como si llevaran años sin verse. Tra-la-ra-la-ra, entonaban a dúo.

Avergonzado, me escabullí de la cama y de la casa para no volver nunca más. ¡Qué cosas ha de ver hoy un lobo!





Caperucita Roja

—Vete a llevarle un bocadillo de anchoas a la abuelita. A ver si esa vieja asquerosa revienta un día de éstos.

Sentí una punzada en el corazón al oír hablar así de mi abuelita. Mi madre y su suegra nunca han sido santas de su mutua devoción. Pero yo quiero a mi abuelita y siempre le llevo los bocadillos de anchoas con cariño. Así es que cogí el metro a media mañana con el bocadillo metido en el bolso. Pronto noté sobre mis muslos minifaldados la mirada incisiva de un hombre barbado y de nariz húmeda.

—¿Va usted muy lejos?

—A casa de mi abuelita. A llevarle un bocadillo de anchoas.

—Están muy ricas las anchoas.

Bajó en el mismo andén y luego le perdí de vista. Tra-la-ra-larita, tra-la-ra-larita, cantaba yo saltando sobre mis bien acolumnadas piernas bronceadas, sintiendo cómo trotaban ante esas frutas del mal que la naturaleza ha puesto sobre mis pulmones y mi corazón. Llegué a casa de la abuelita y llamé a la puerta.

—Entra, Caperucita. Está abierta la puerta.

Penumbra. Formas confusas. En fin, ustedes ya saben de qué va. Me acerco a la cama donde yacía mi abuelita y empezamos con eso de la nariz, los ojos, la boca... De pronto, se abren las sábanas y aparece: o bien un hombre disfrazado de lobo en pleno «streaking» o bien un lobo disfrazado de un hombre también en pleno «streaking». Era mi interlocutor del metro, en lo que cabe un conocido. Por lo que no le hice ascos al asunto. Mientras nos amábamos yo tenía el presentimiento de que se presentaría el leñador a estropear el asunto. Y se presentó. Era el vecino del piso de abajo alertado por los ruidos y los gritos. Se nos quedó mirando.

—¿Están Uds. casados por la Iglesia?

—No señor.

Contestó el lobo antes de que yo pudiera intervenir. Entonces el vecino llamó al 091.

